

# JORGE MAÑACH TIEMPO INVERTIDO.

---



**CULTURAL S.A.  
LA HABANA**

---

TALLERES DE CULTURAL. S. A. — PI Y MARGALL, 135. — HABANA

LIBRARY  
University of Miami

PQ  
7389  
M185T5  
c. 2

QUEDAN RESERVADOS POR EL AUTOR  
TODOS LOS DERECHOS SOBRE ESTA OBRA.

COPYRIGHT, *Jorge Mañach*, 1928.

# TIEMPO MUERTO

ESTA OBRA OBTUVO EL SEGUNDO PREMIO,  
OFRECIDO POR LA SECRETARÍA DE IN-  
STRUCCION PUBLICA Y BELLAS ARTES,  
EN EL CONCURSO TEATRAL DE  
OBRAS CUBANAS, CELEBRADO  
EN ENERO DE 1928, POR INI-  
CIATIVA DE LA INSIGNE  
ACTRIZ ARGENTINA

**CAMILA QUIROGA**



LIBRARY  
University of Miami

## DEL AUTOR

### GLOSARIO.

"Editorial Cervantes". La Habana. 1923.

### BELEN EL ASCHANTI.

Edición de "Nuestra Novela". 1925.

### LA PINTURA EN CUBA DESDE SUS ORIGENES HASTA NUESTROS DIAS. *Dos conferencias.*

Edición del "Club Cubano de Bellas Artes". 1925.

### LA CRISIS DE LA ALTA CULTURA EN CUBA. *Conferencia.*

Editada por la "Sociedad Económica de Amigos del País". 1925.

### ESTAMPAS DE SAN CRISTOBAL.

"Editorial Minerva". La Habana. 1926.

## PERSONAJES

ADRIANA, 34 años.

ELISA.

TITÍ MANUELA, 55 años.

ENRIQUE SANTURCE, 44 años.

LETICIA.

RAMIRO PEDRELL, 39 años.

NENA.

LINDER, 32 años.

JULIA.

ARMIÑAN.

TETÉ.

AMORES.

FELISA.

ÑICO, 28 años.

ASUNCIÓN, 68 años.

CRIADO.

JUGADORAS DE MAH JONG.

ACTO PRIMERO

## ACTO PRIMERO

*La terraza de un chalet en el Vedado. Al fondo, fronda de árboles que oculta en parte los edificios fronterizos. A la izquierda, ventana baja, de reja, que da al comedor de la casa; más al fondo, salida de la terraza, que se supone continúa en aquella dirección. Al descubrirse la escena, aparecen, a la izquierda, jugando Mah Jong en dos o tres mesitas contiguas, LETICIA, NENA, JULIA, TETÉ, FELISA y otras señoras y señoritas elegantes, distribuídas en grupos de cuatro a cada mesa. A la derecha, un estrado de muebles de mimbre, y sentados en éstos, ENRIQUE SANTURCE, ARMIÑÁN, AMORES, NICO.*

### ESCENA I

LETICIA, NENA, JULIA, TETÉ, FELISA, SANTURCE, ARMIÑÁN, AMORES, NICO y Jugadoras.

UNA JUGADORA

*¡Pun!*

OTRA

¡Lo estaba viendo!... ¡Tú, Luisa, ten euidado con la ficha, que ésta tiene un juego muy tapadito!

ÑICO

Decididamente, caballeros, el Mah Jong está echando a perder la sociedad. Ya no se puede venir a los recibos: las mujeres a un lado, los hombres a otro... ¡Una lata!

ARMIÑÁN

Es verdad. ¡Si siquiera pudiera jugar también uno! Pero es un juego idiota... para mujeres solas. Hay que ver esas fichitas tan ridículas, tan "monas", como dicen ellas!

UNA JUGADORA

¡Con!...

OTRA

¿Has visto, chica? ¡qué suerte!

AMORES

Y luego, el lenguaje... ¡vaya un lenguaje, señores!  
¡Les aseguro a ustedes que es positivamente inmoral!

ÑICO

Y eso que ustedes no han oído los chistes que se hacen entre ellas... No hay duda de que las mujeres son más maliciosas que los hombres, cuando están solas...  
¿No cree usted, Santurce, que el Mah Jong está corrompiendo las costumbres?

— 12 —

SANTURCE

¿Porque separa a los sexos, o porque se presta a esas malicias que dices?

ÑICO

Por todo... No deja de ser un vicio...

SANTURCE

¡Bah! Los vicios de salón no dañan!... Yo, al contrario, creo que el Mah Jong está disciplinando a las mujeres, ejercitando el natural sentido estratégico del sexo: haciéndolas más...

ARMIÑÁN

...más intelectuales...

SANTURCE

Tal vez... ¿No cree usted que a nuestras mujeres les hace falta? Son demasiado puramente intuitivas para ser completamente encantadoras.

ARMIÑÁN

A Adriana, ciertamente no le hace falta ser más intelectual...

SANTURCE

Por eso ella no juega. ¡Mírela usted!... Se limita a ir de mesa en mesa, repartiendo frases halagadoras y haciendo los honores de la casa.

— 13 —

ÑICO

Pero lo que es a nosotros, maldito el caso que nos hace... ¡No sé para qué nos invita!

SANTURCE

Te engañas. Adriana siempre ha preferido la compañía de los hombres. Precisamente el Mah Jong es su recurso: pone a las mujeres a jugar, a fin de hacer apartes a su gusto con el elemento masculino.

ÑICO

Más sencillo sería no invitar mujeres en absoluto.

ARMIÑÁN

Sí; pero eso se prestaría a suspicacias, a habladurías. Adriana es demasiado inteligente... Ya le han reprochado tanto su independencia de carácter, sus arbitrariedades sociales, su falta de frivolidad...! Ahora sobre todo, que se va a casar, le importa disimular sus gustos, demostrar que es igual a las demás...

ÑICO

¡Caballeros!... Miren que Adriana casarse por segunda vez!

AMORES

Pues yo no encuentro que tenga nada de particular. Quedó viuda muy joven... es bonita... tiene una pequeña fortuna que administrar...

— 14 —

ARMIÑÁN

Y luego, aquel primer marido no debió nunca de darle el verdadero... ¡cómo diríamos?...: la verdadera sensación del matrimonio. Era demasiado hombre público... demasiado cerebro.

ÑICO

¡Así se contagió ella!

ARMIÑÁN

En cambio, este Pedrell, con quien se va a casar ahora, es un Juan Lanás.

SANTURCE

Hombre, no tanto... Pedrell es... un hombre normal, corriente... Y una gran persona.

ARMIÑÁN

Eso sí. Pero al lado de ella, no me negará usted que... deslucirá un poco.

*(Santurce hace un gesto de duda.)*

ÑICO

Es lo que ella anda buscando.

SANTURCE

No lo creo. Si sólo buscara lucir más, no se casaría... Ella brilla por sí.

— 15 —

AMORES

Entonces, usted piensa que...

SANTURCE

Pienso que Adriana se casa por eso que antes decíamos: porque tiene un ideal del matrimonio que nunca logró realizar con su primer marido. Fuente-ella...—ya ustedes le conocieron—era un hombre a quien le sobró talento para todo, excepto para su vida privada. Su obra pública le absorbió por entero; y así se consumió: en plena juventud... El talento es un estorbo para la felicidad; por eso Adriana ha buscado ahora un hombre... sin brillantez alguna, pero capaz de hacerla feliz.

ARMIÑÁN

¿Y se figura usted que Pedrell sea capaz de eso, capaz de ser el compañero de una mujer como ésta?

ÑICO

¡Una literata!

SANTURCE

Veremos, veremos... Por lo menos, sabrá darle a Adriana lo que el otro no pudo... o no quiso. Adriana es, por encima de todo, una *mujer*... Ustedes saben lo que quiero decir...

ÑICO

Aquí viene ella.

ESCENA II

Dichos y ADRIANA, por la izquierda.

ADRIANA

(A las jugadoras de una mesa:) ¿Cómo va eso?... No olviden que tengo un *booby-prize* que es un encanto!

LETICIA

¡Gracias, hija!... Aquí aspiramos al primer premio!

JULIA

¡Ya habríamos acabado, si no fuera porque Teté, hija, juega tan despacio!

TETÉ

¡Figúrate, chica, ésta es la tercera vez que juego!

ARMIÑÁN

¡Bueno, Julita, hay que ser tolerante...! Para tu tranquilidad te diré que Ricardo no ha venido aún... ¡Mira (*Señalando a los hombres*): no están más que los profesionales, los irreductibles!

TETÉ

¡Ay, hija, ese Ñico no quita la mirada de debajo de las mesas! ¡Y con estos vestidos tan cortos, que la tienen a una comprometida!

JULIA

¡Pun!

ADRIANA

Bueno, las dejo que terminen. (*Al grupo de hombres*): ¿Ya tomaron ustedes algo?

AMORES

Sí, Adriana, delicioso su ponche... ¡*délicieux!*

ADRIANA

(*Saludando*): ¿Como está, Níco?

ÑICO

Bastante fuerte, para mi gusto.

ADRIANA

Digo usted, Níco. No le había saludado...

ÑICO

(*Aparte*) ¡La metí!... (*A Adriana*) ¡Ah... bien; yo, bien! ...Y usted, siempre adorable!

ADRIANA

Por Dios, Níco, ¿cuándo cambia el adjetivo...? Pero, siéntense.

SANTURCE

¿Y Pedrell?

— 18 —

ADRIANA

¿Ramiro? Debe de estar al llegar... Me telefoné que vendría tarde. Tenía no sé qué asuntos de última hora... Además, ustedes saben que a él, realmente, estas cosas no le gustan mucho.

AMORES

¿No es hombre de sociedad?

ADRIANA

No, mucho no, la verdad... Algo guajiro; algo exótico... Entre el ingenio y el Norte, ha perdido un poco la costumbre... Pero yo lo prefiero así.

ARMIÑÁN

¿De veras, Adriana?

ADRIANA

De veras; dicho sea con toda la consideración debida a ustedes, hombres de mundo...

ARMIÑÁN

Me parece mentira, Adriana, verla a usted casarse de nuevo...

ADRIANA

¿Verme casarme, o verme casarme... con él?

— 19 —

ARMIÑÁN

Ambas cosas.

ADRIANA

Me suponía usted escarmentada para siempre...

ARMIÑÁN

Le diré: no precisamente escarmentada. Pero yo creo que todas las mujeres se casan por... por matar una curiosidad... Y, vamos, como usted ya era viuda... y rica... y halagada... La verdad, en su caso, no me explico la reincidencia.

ADRIANA

En estos casos, los hombres no suelen nunca explicarse nada, amigo Armiñán. Son demasiado lógicos, y el corazón de las mujeres escapa a toda lógica.

SANTURCE

¿O tiene la suya propia!... Entonces, Adriana, ¿es...? (*señalándose el lugar del corazón*)

ADRIANA

Me sorprende su pregunta... Claro que es cosa del corazón. ¿De qué, si no?

SANTURCE

No me interprete usted mal. En estas cosas, una

— 20 —

mujer puede siempre tener un móvil... espiritual, sin que el corazón intervenga...

ADRIANA

¿Por ejemplo?

SANTURCE

Oh!... la dignidad de una vida más plena, más rica...; la necesidad de compañía, de protección... En fin, el espíritu femenino es tan complejo!

ADRIANA

Le suponen ustedes más complejo de lo que en realidad es, Santurce... Yo, por ejemplo, me caso por algo muy simple, muy sencillo: por cariño.

SANTURCE

¿Cariño nada más...?

ADRIANA

(*Riéndose*) Es una viuda la que habla. Piense que las viudas no podemos atribuirnos amor sin que suene un poco ridículo...

ÑICO

Pero usted está todavía... adorable, Adriana.

ADRIANA

¡“Todavía”!... ¡Gracias, Níco!—Pues bien: pon-

— 21 —

gan ustedes "amor" donde yo, por circunspección, dije "cariño"... Soy, en efecto, una mujer enamorada... Al fin!

ARMIÑÁN

Ese "¡al fin!" no es muy respetuoso que digamos hacia la memoria de su primer marido...

ADRIANA

Es, por lo menos, sincero... Usted sabe que yo nunca pretendí otra cosa. No me casé: me casaron; y Fuentecilla nunca fué para mí mas que un ídolo, algo que se venera, pero que está demasiado fuera de la propia vida para amarlo.

ARMIÑÁN

Pero usted, Adriana, usted también es una mujer superior...

ADRIANA

¿Porque he tenido la debilidad de hacer versos, y hasta de publicarlos?... ¡Bah!: un desahogo, Armiñán... Un desahogo que pudo costarme demasiado caro... ¡Afortunadamente, ya estoy arrepentida, y curada!

AMORES

¿Cómo! ¿Ya no veremos nada suyo?

— 22 —

ADRIANA

No. Esos versos que usted me hizo la gentil traición de publicar en su crónica esta mañana, fueron mi despedida de las letras, como este recibo es mi despedida de la sociedad...

AMORES

¿De modo que se retira usted del mundo?

ADRIANA

Me retiro... de la publicidad. Quiero vivir sólo de puertas adentro: ofrecerle, a quien va a ser mi esposo, una vida de consagración hogareña... una mujer de su casa, en fin... ¿No les parece que todo hombre tiene derecho a eso?

ARMIÑÁN

El mundo no se resignará, Adriana... Usted brillaba demasiado.

ADRIANA

Demasiado; usted lo ha dicho...

*(Se levantan con algazara las jugadoras de una mesa.)*

¿Ya?... A ver, a ver cómo acabó eso!...

UNA JUGADORA

Hija, Nena, como siempre, arrastró con todo. No he visto suerte igual... ¡Y eso que no sabe jugar!...

— 23 —

ADRIANA

(A Nena) ¡Picarona!... Así pasa siempre: en los juegos, como en la vida, tiene más suerte el que sabe menos...

1ª JUGADORA

(Aparte a otra:) Esta, siempre con sus filosofías... ¡Qué bachillera!

2ª JUGADORA

Lo habrá dicho por ella misma...

ADRIANA

(Dirigiéndose a la otra mesa:) Y ahí, ¿falta mucho?

LETICIA

Ya estamos acabando.

ADRIANA

(A las otras jugadoras:) Pues ¡al comedor! Con tanto trabajo mental, no debe de faltarles apetito...  
(A las que juegan:) Ustedes, pasen cuando terminen...

(Las damas van pasando al comedor, por la izquierda.)

ÑICO

(A Nena) Nena, hoy estás adorable.

— 24 —

NENA

Siempre me dices lo mismo, Ñico.

ÑICO

Siempre, no. Pero he notado que cuando ganas se te pone un colorcito así, sonrosado...

NENA

(Mirándose precipitadamente en el espejo de su polvera) ¡Ay, hijo, se me habrá corrido la pintura!

(Mutis de Nena hacia el comedor.)

TETÉ

(En la otra mesa) ¡Mah Jong!

LETICIA

¡Claro, eso era sabido! ¡Una hora en cada jugada!

TETÉ

Chica, el caso es ganar.

LETICIA

¡Y con el juego que yo tenía!

4ª JUGADORA

Pues lo que es yo, hoy he estado fatal...

— 25 —

TETÉ

¿Qué mesa se habrá llevado el premio?

LETICIA

Vamos a ver... ¿Vienen al comedor?

AMORES

¡Sí, vamos, vamos con las señoras!

ARMIÑÁN

¿No viene usted, Santurce?

SANTURCE

¡Um!... Mucha falda, mucha falda... Ya usted sabe que yo soy solterón irreconciliable. Prefiero quedarme aquí tomando el fresco.

ÑICO

(Acercándose a Teté) Teté, la he estado observando a usted durante todo el juego... Está usted hoy...

TETÉ

(Volviéndote la espalda) ¡Sí, hijo, sí, ya sé!

(Los hombres se echan a reír)

SANTURCE

¿Qué fué, Níco?

— 26 —

ÑICO

(Cómicamente) ¡Adorable!

(Mutis de todos, salvo Santurce, que se queda fumando en una butaca.)

### ESCENA III

SANTURCE, UN CRIADO; luego, PEDRELL.

CRIADO

(Por la izquierda.) ¿El caballero prefiere que se le sirva algo aquí?

SANTURCE

No estaría mal... *Whiskey and soda*...

(Inclinación y mutis del criado.)

PEDRELL

(Por la izquierda) *Whiskey and soda*... Veo que usted es de los míos, amigo Santurce!...

SANTURCE

¡Ah! Buenas tardes, Pedrell... Seguramente no querrá usted acompañarme... Llegará usted ansioso de ver a Adriana... Allá la tiene usted, entre esa algarabía de mujeres, en el comedor.

— 27 —

PEDRELL

*(Sentándose)* La esperaré a que termine... No se pueden hacer honores de ama de casa y de prometida al mismo tiempo... ¿no le parece?

*(Entra el criado y sirve el whiskey and soda.)*

CRiado

*(A Pedrell)* Y el caballero, ¿desea tomar algo?

PEDRELL

No; nada por el momento.

*(Mutis del criado. Santurce le brinda un cigarro a Pedrell, que lo toma. Encienden.)*

SANTURCE

Amigo Pedrell, ¿me permite usted una pregunta indiscreta?

PEDRELL

Todas las que usted quiera.

SANTURCE

¿Cómo ha sido posible que usted se enamorase de Adriana, de una mujer como Adriana...?

— 28 —

PEDRELL

¿No querrá usted saber más bien cómo es que Adriana se enamoró de mí?

SANTURCE

No me interesa tanto; creo imaginar... Usted posee virtudes que Adriana siempre ha admirado... Por lo pronto, es usted un vencedor en la vida; respira fuerza, salud... Es usted todo lo contrario de...

PEDRELL

Del hombre que ella amó primero ¿verdad?

SANTURCE

Sí, de Fuentecilla...

PEDRELL

Y, sin embargo, ya ve usted, ella lo eligió...

SANTURCE

Adriana era entonces muy joven, amigo mío. Estaba en la edad en que todavía a las mujeres les seducen las apariencias... la brillantez externa... Después, suelen preferir lo sustancial: el valor... la fortaleza... el éxito sólido... Y la bondad. Todo esto lo reúne usted.

PEDRELL

Es usted muy amable.

— 29 —

SANTURCE

Pero lo que no acierto a explicarme es cómo, teniendo usted esa prevención que se le atribuye contra la gente de temperamento artístico, se ha podido enamorar de Adriana, que es la típica dama de salón culto...

PEDRELL

¿La típica, dice usted?

SANTURCE

No lo dude. Si en vez de vivir en este mundito nuestro de improvisaciones, de cultura primeriza, Adriana viviese, supongamos, en París, tendría uno de esos salones literarios que por allá se usan. Sería una... Madame de Noailles, por ejemplo...

PEDRELL

¡Dios nos libre!...

SANTURCE

Así la ha querido usted, sin embargo...

PEDRELL

Hombre, veré. La mujer que yo conocí era otra... Es decir... usted me comprende... : era esta misma; pero... bajo otro aspecto... Nos conocimos allá en el Norte, en un pueblecito de campo... Allí, separada de esta gente, desconocida, en contacto con la Na-

turalidad, parecía más sencilla, más alegre, más niña... No sé cómo explicarlo... En el campo, Adriana es otra...

SANTURCE

Ah, ya... ¿Y aquí, en la Habana...?

PEDRELL

Aquí, apenas nos hemos visto... Después de aquel verano, yo tuve que irme en seguida para el ingenio...

SANTURCE

¿Y se escribirían ustedes, por supuesto...?

PEDRELL

Escribía ella... Yo me limito a mandarle telegramas... ;y en inglés!... Nunca he sabido escribir una carta a derechas: soy un torpe... ;En cambio, ella!

SANTURCE

Me imagino... ;cartas de poetisa!

PEDRELL

No sé. Cartas de mujer... Lo que sí puedo asegurarle es que llegan al alma. Dice las cosas sencillas de siempre; ;pero las dice de tal modo!... ;Ah, amigo Santurce, es una mujer admirable!

(Pausa.)

ESCENA IV

*Dichos y* TITÍ MANUELA

TITÍ MANUELA

*(Por la izquierda.)* ¡Qué estarán ustedes tramando aquí, tan solos!... ¡Malos hábitos de solterones!... ¡Qué hay, Ramiro?

PEDRELL

Buenas tardes, Tití... Ya ve usted... Aquí, esperando a que esas señoras acaben de hartarse...

TITÍ MANUELA

¡Por Dios, Ramiro!... Y ustedes, ¿ya tomaron algo? ¡No querrían un helado?

PEDRELL

¡Helado!... *(Remedándola)* Por Dios, Tití...

SANTURCE

Ya sabe usted que los solterones aborrecemos, por instinto, todo lo dulce...

TITÍ MANUELA

Bueno, bueno... Ahí los dejo a ustedes con sus habladurías. Yo me voy a ayudar a Adriana.

PEDRELL

¡Falta mucho, Tití?

TITÍ MANUELA

No... Ahí ya creo que salen... Bueno, hasta luego, ¿eh?

PEDRELL

Adiós, Tití...

SANTURCE

Adiós, señora... *(Mutis de Tití Manuela.)* Buenísima señora ésta...

PEDRELL

Sí... un poco metida; un poco metida...

ESCENA V

*Dichos y* JULIA, LETICIA, NENA, FELISA, ÑICO y AMORES, *que van entrando en el orden que se indica.*  
Luego ADRIANA.

ÑICO

Delicioso el *buffet*; delicioso... Sobre todo, esas pasticas de coco... ¡Me he dado un verdadero atracón!

JULIA

Adriana sabe hacer bien las cosas... La mesa estaba muy linda.

ÑICO

Todo, todo muy abundante... Ah, hallo, Mr. Pedrell... *How do you do?*

PEDRELL

Bien, y tú, Ñico... ¿Cómo está, Julia?

JULIA

¡Estaba usted escondido...!

PEDRELL

No... aquí charlando con el amigo Santurce...

JULIA

Menos mal que Adriana ha estado tan atareada haciendo los honores, que no le habrá echado de menos.

PEDRELL

Ella sabía que yo vendría tarde... Esto es, en realidad, fiesta de mujeres... Y de pollos casaderos, como éste... *(Por Ñico)*

ÑICO

¡Ja!... ¡Casadero yo!... ¡Que se cree usted eso!

— 34 —

LETICIA

*(Entrando por la izquierda.)* ¿Ya han dado los premios?

JULIA

Adriana siempre los da a lo último.

LETICIA

Buenas tardes, Señor Pedrell...

PEDRELL

Señora... ¿cómo está usted?

LETICIA

¡Es usted un guajiro!... No se le ha visto en toda la tarde... ¿Qué pensará Adriana?

PEDRELL

Seguramente pensará como usted, Leticia. Y tendrán razón: soy un guajiro. Mi única disculpa es que lo soy de verdad. Ya sabe usted que vivo y muero en el campo...

ÑICO

¡Qué gusto!... Y yo que no puedo pasar del Campo de Marte!...

JULIA

Ahora, cuando se casen, tendrá usted que venir a

— 35 —

vivir a la ciudad. Adriana no es mujer para irse a vivir a un ingenio...

PEDRELL

¡Estaremos tan cerca!... En hora y media de automóvil...

LETICIA

Pero no es lo mismo... ¿Cómo quiere usted que vayamos a tener allá los Mah Jongs... Porque supongo que no le quitará usted a Adriana sus Mah Jongs?...

PEDRELL

¿Tan grave sería?

JULIA

¡Ay, hijo: se pasa tan bien!... y ella da premios tan bonitos!

ÑICO

¡Y qué buffets, mi amigo!

SANTURCE

Nada, Pedrell, que ya están conspirando contra su paz conyugal!...

AMORES

(*Entra por la izquierda, hablando con Nena.*)  
Trés chic... três chic... ¡Y qué linda está Adriana,

— 36 —

qué elegante!... Dígame, Nena... ¿Usted sabe...? Ese vestido que lleva, ¿será de casa Gabrielle?... ¡Es regio!

NENA

(*Bajo, a Amores*) ¿Cree usted? No tiene el corte... Se lo habrá comprado en Nueva York; como ella va al Norte todos los años... De allí trae los trajes... y...

AMORES

...Y...?

NENA

Y los maridos...

AMORES

Por Dios, Nena, no pluralice así...

NENA

¡Si es la verdad!... Allí conoció a Fuentecilla, cuando la emigración. Y hasta creo que se casaron en Nueva York... De éste, no se diga: todo el mundo conoce el idilio de Worchester...

AMORES

¿De Worchester?

NENA

El pueblecito de veraneo... Ah, pero ¿no sabía usted?... Si fué la comidilla de la temporada!... Fi-

— 37 —

gúrese, que él fué a un viaje de negocios; ella lo atrapó y, en seguida, se hizo... Salían todas las tardes solos, a pasear a un lago, y volvían casi de noche... Hay quien dice... Pero, en fin, la gente tiene una lengua...

#### AMORES

Sí, ya he oído contar... Así únicamente se explica que se case con este tipo... un desconocido... ¡Vaya usted a saber!... Lo cierto es que Adriana no ha estado bien de salud desde entonces...

#### NENA

¿Verdad?... Está pálida... parece preocupada... Cuidado, aquí viene ella...

#### ESCENA VI

*Dichos y ADRIANA*

#### ADRIANA

*(Dentro todavía, destacándose su voz del rumor de risas y palabras de despedida:)* ¿Ya se retiran?... ¡Qué pronto!... Adiós, Lucía... Adiós... A ver cuándo vuelven... Hay que ir por la revancha, Carmela...! *(Entrando por la izquierda.)* Ah, veo que la terraza se ha hecho popular... ¿Pero estaba usted ahí, Señor Pedrell? *(Adriana y Pedrell se dan la*

*mano)*... Hijas, no me negarán ustedes que voy a tener un marido de toda confianza. Basta que vea cuatro mujeres reunidas para que se vuelva un oso...! ¿Cuándo llegaste?

#### PEDRELL

Hace ya un rato. Me encontré aquí a Santurce solo y me quedé a hacerle compañía...

#### ADRIANA

¡Enrique Santurce!... ¡Otro que tal!... Hábitos de solterones empedernidos!... Pero ¡qué falta le está a usted haciendo también una viuda que le saque de sus casillas!

#### SANTURCE

Si me encuentra usted otra igualmente adorable, Adriana, le aseguro que me convierto...

#### JULIA

*(A Níco, aparte)* ¿Oíste?: adorable... ya te robaron la palabrita.

#### ÑICO

Sí, hija: uno tiene imitadores...

#### LETICIA

Adriana, ¿y los premios?

ADRIANA

Ya sabes que yo los doy a última hora... y envueltos. No quiero poner a nadie en el compromiso de decir, en presencia mía: "Ay, qué bonito, de cuánto gusto", etcétera... El único que se destapa es el booby... ¡para escarmiento público!

LETICIA

¿Y a quién le tocó hoy?

ADRIANA

A Felisa, la de Piñar; ¿no lo han visto?

TODAS

¡Ay, no!... ¡Vamos a verlo!

ADRIANA

(*Por la ventana del comedor:*) ¡Felisa...! ¡Estas muchachas quieren ver tu trofeo!

FELISA

(*Dentro*) Allá voy...

SANTURCE

(*Acercándose hacia la izquierda.*) Hasta yo tengo curiosidad.

FELISA

(*Entrando por la izquierda.*) Vaya, aquí lo tie-

— 40 —

nen. (*Entrega una cajita a Leticia, que la desenvuelve y enseña el contenido.*)

LETICIA

¡Ay, qué moneríííí!

TODAS

A ver, a ver...

JULIA

¡Una cotorrita!

LETICIA

Chica, ¡qué fina!...

NENA

Un encanto... Pero, oye... ¿por qué se te ocurrió...? ¡Ah, pícara!... Ya sé: nos ha querido llamar habladoras!

ADRIANA

Jesús, ¡qué imaginación!... ¡Si no es más que un alfiletero!...

FELISA

(*Amoscada*) Pues lo que es yo, hija, más peco de callada...

ÑICO

(*Aparte, a Amores.*) Sí, por algo la llaman "La Ortofónica"!

— 41 —

ADRIANA

¡Cosas de Nena, muchacha!

AMORES

Exquisito, exquisito... ¿Es de la Maison Chantilly, Adriana?

ADRIANA

Si es que le va usted a hacer un reclamo en la crónica...

AMORES

No, no... Por curiosidad, simplemente... Como veo que le ha quitado usted el sello de la casa donde lo compré...

ADRIANA

Ya sé que la costumbre es dejárselo...

FELISA

¡Y esta querida Adriana siempre va contra las costumbres!

ADRIANA

Contra algunas, Felisa... ¡Las hay tan estúpidas!... Ya ustedes saben que yo soy un poco rebelde...

NENA

Pues, hija, vete preparando, porque la rebeldía no va bien con el matrimonio...

— 42 —

ADRIANA

(*Jovialmente.*) Gracias por el consejo, Nena; pero ya ves que mi Pedrell no tiene cara de domesticador... ¿No quieren ustedes sentarse?

FELISA

Ay, no, chica; yo ya me voy. Es tardísimo... ¡Qué pensará mi marido!...

JULIA

Al mío, yo ya le tengo acostumbrado. Las tardes de Mah Jong no me espera... Se va a comer fuera...

ÑICO

¡Pues ya le subirá la cuenta, eh!

ADRIANA

Entonces, ¿te quedarás a comer, Julia?

JULIA

No, Adriana, gracias. Voy al cine con las de Ulloa esta noche. Además, ¿cómo iba yo a estorbar ese idioteo?... Digo, y con las ganas que tendrá el hombre de hablar, después de pasar tantas soledades en el campo!... ¿Usted qué dice, Pedrell?

ÑICO

(*Aparte, a Amores:*) No dice nada. Es el hombre más callado que he visto en mi vida.

— 43 —

PEDRELL

(A Julia.) Yo, señora, no quiero que Adriana tenga nunca que regalarme, como *booby prize*, un... lorito...

SANTURCE

¡Bravo!

JULIA

¡Miren, qué irónico!

ÑICO

(Aparte, a Amores.) ¡Apunte eso, cronista!... El hombre ya no me parece tan bruto...

FELISA

Bueno, adiosito, Adriana... Mil gracias, chica, por todo. Esto ha estado muy bueno...

NENA

Verdad que sí! Yo me voy contigo.

ADRIANA

Adiós, muchachas...

NENA

¿Este será tu último Mah Jong?... Por lo menos hasta después que te cases...

— 44 —

ADRIANA

Es probable que sea el último... último. Figúrate, en el campo...

FELISA

¡Qué lástima!... En fin, mil felicitaciones, chica... Ceremonia, no habrá...?

ADRIANA

En el Juzgado, solamente.

LETICIA

¿Te embarcas enseguida?

ADRIANA

La misma mañana.

JULIA

¿Y por cuánto tiempo, Pedrell?

PEDRELL

Oh, unas semanas nada más... La zafra está al empezar, y yo tengo que estar de vuelta en el ingenio.

JULIA

Ah, hija, ¡qué horror!, estos hombres de negocios... Bien, te iremos a despedir...

— 45 —

ADRIANA

No te molestes, Julia... No quisiera que fuese nadie...

JULIA

Si es tan privado...

NENA

¡Matrimonio de viuda!... Adiós, Adrianita...

(*Todas se despiden y se van.*)

ÑICO

*Good by, Adriana... Good by, Mr. Pedrell...  
Good by, Santurce.*

SANTURCE

¡Adiós, Shakespeare!

(*Mutis de Níco.*)

AMORES

Adriana, a los pies de usted... Ya sabe que yo, generalmente, los Mah Jongs no los pongo en la crónica. Pero los suyos son una excepción... Siempre algo *tres chic*... A propósito: su vestido, Adriana, ¿es de *chez Gabrielle*?

ADRIANA

No, Amores... No me permito esos lujos: es del Norte... baratito... Pero, ¿usted no se *disgusta* si yo le pido un favor?

— 46 —

AMORES

¡Que no lo diga!... ¡Complacida, complacida!

ADRIANA

No... Que no haga usted crónica de esto en absoluto...

AMORES

¡Cómo!... ¿Una reunión tan *chic*? ¿Por qué no?

ADRIANA

Verá usted, es que... Mire, es que a Pedrell no le gusta...

AMORES

¡Ah, bien! si es así, respeto... Lo dicho, a sus pies, Adriana. Adiós, Sr. Pedrell. Adiós, Santurce.

(*Mutis.*)

## ESCENA VII

ADRIANA, SANTURCE Y PEDRELL

ADRIANA

(*A Pedrell.*) Perdona el embuste... Era la única manera de callar a ese idiota.

PEDRELL

¡Qué gentecita!

— 47 —

SANTURCE

Ha estado usted muy oportuna con la cotorrita, Adriana... Felisa no se lo perdonará nunca...

ADRIANA

Y, sin embargo, no iba por ella...

SANTURCE

Por supuesto: usted no sabía a quién iba a tocarle... Iba por todas.

PEDRELL

¡Cómo hablan!

ADRIANA

¡Si no fuera más que lo que hablan! ¡Es lo que dicen!

PEDRELL

Y así y todo, Adriana, las recibes... gozas de su amistad...

ADRIANA

¡Gozo!... No, Ramiro, no... La sufro... ¡Tengo que sufrirla!

PEDRELL

¡Tú, tan independiente!...

— 48 —

ADRIANA

Por lo mismo... Bastante fama tengo ya de misteriosa, de "rara", como me llaman... Si haciendo lo que todas, hablan de mí como hablan, figúrate qué no sería si optara por encastillarme aquí y negarme a las famosas exigencias sociales...

PEDRELL

Sin embargo, podrías hacer una selección...

ADRIANA

¡Y piensas que no la hago?... Ah, querido, si les diera entrada a todas!... Me limito a lo mejorcito, nada más; y a esas, ya lo ves, les doy Mah Jong, para ocuparles la imaginación en algo y que tengan menos tiempo de arrancarme la piel, de arrancársela unas a otras.

SANTURCE

¡En tan mal concepto las tiene, Adriana?

ADRIANA

Malo no, Santurce; regular nada más... Sobre esto, yo tengo mis ideas. Creo que la mayor parte de estas mujeres son buenas... en el fondo. Si usted investiga la vida de ellas, verá que casi todas esconden algo noble. Son buenas madres, buenas esposas, muchachas incapaces de una deslealtad positiva... Lo que pasa es que cada una de ellas, además de esa per-

— 49 —

sonalidad íntima y doméstica, tiene otra personalidad ficticia, puramente social... Y ésa, ésa es la que no puede vivir sin la crítica, viejo deporte de los salones...

PEDRELL

¡Por Dios, Adriana!...

SANTURCE

¡Tiene razón, Pedrell; la tiene!... No hay mujer que no sea sensible a la fruición de poner al prójimo en descubierto!

ADRIANA

¿Las mujeres solamente? Las mujeres... y los hombres, Santurce... No quiera usted escudar a su sexo. Los hombres son casi más habladores que nosotras; con la agravante de que no tienen nuestras disculpas...

SANTURCE

¿Disculpas?... A ver, a ver...

ADRIANA

Claro... el problema inmenso de toda mujer es llenar su vida. Todos venimos al mundo como cofres vacíos, destinados a guardar algo. Ustedes, los hombres, tienen enseguida su educación, sus negocios, sus diversiones... en fin, toda su variedad de experien-

cia, que poco a poco les va llenando el cofre del espíritu... En cambio, el nuestro no lo suele llenar más que el sentimiento, que no siempre depende de nosotras obtener...: el matrimonio, la maternidad...: único recurso, fíjese bien! Por eso la caza del marido es algo tan noble... y tan cruel. Es nuestra posibilidad de realizarnos, de alcanzar nuestra plenitud espiritual; y la competencia es tan tremenda, y el anhelo tan intenso, que en esa lucha ponemos en juego instintivamente todas las armas: la astucia, el disimulo, la coquetería hacia ustedes, la difamación entre nosotras... Es triste, Santurce...

SANTURCE

Bien; y una vez realizado el amor... ¿por qué siguen difamando? Usted sabe que las casadas son las peores...

ADRIANA

Es que ya entonces el hábito se ha vuelto "segunda naturaleza", como dicen... Además, ¿cree usted que una vez conquistado el amor todo está ya hecho?... El amor nos hace más suspicaces y más crueles que nunca. Toda otra mujer es una posible usurpadora, y nos garantimos contra ella desarmándola, por las dudas, de sus encantos o de sus virtudes... Usted, que es hombre corrido, habrá observado que las mujeres sin amor, las mujeres que llaman... de la vida, son más leales unas con otras. Es que apenas tienen nada que temer, ni nada que quitarse...

SANTURCE

Es usted muy valiente, Adriana; pero... teoriza un poco. Entre las mujeres de mala vida, si se difama menos, es porque hay menos también de qué difamar...

PEDRELL

(*Impaciente.*) Y después de todo, ¿tú qué sabes de eso, Adry?

ADRIANA

Es verdad... Son, tal vez, imaginaciones mías...

SANTURCE

Yo creo, más bien, que estas señoras de sociedad hablan más porque tienen menos cosas de qué ocuparse... Afortunadamente, usted no vive como ellas, Adriana... usted *vive*: tiene una biblioteca espléndida, la usa usted... recibe revistas extranjeras... va usted al teatro, cuando lo hay... En fin: usted es el tipo de mujer...

ADRIANA

Bachillera, ¿verdad?

SANTURCE

¡Culta!

ADRIANA

Por Dios, ¡qué palabra tan antipática!... Ponga usted mujer curiosa, mujer que no quiere aburrirse

— 52 —

ni ser completamente insensible a lo que pasa en el mundo... Detesto las mujeres "cultas", como usted dice. Generalmente se llama así a las que hablan con muchas eses, coleccionan autógrafos, recitan en las veladas y les escriben cartas a los periodistas sentimentales... ¿Quiere usted nada más pedante ni más cursi?

SANTURCE

(*Riéndose.*) ¡Sí, en efecto!

ADRIANA

Ahora, eso sí: abomino más todavía de esa vida de molusco que lleva la mayor parte de nuestras mujeres... Por las noches, muchas veces, las oigo conversar en los portales del Vedado, o sorprendo, sin quererlo, cruces telefónicos... Trapos, matrimonio, cine; no las saque usted de ahí... La que hace un esfuerzo por superar esa vida vegetativa, paga enseguida el precio de su excepción. (*Pausa.*) Yo... lo he pagado!...

PEDRELL

¿Por qué dices eso, Adry?... No hay en La Habana mujer más querida ni más admirada que tú... ¡Es mi orgullo!

ADRIANA

(*Cálidamente.*) Gracias, Ramiro... Ya sé que tú has sabido prescindir de esa mi epidermis de... cultura, como dice este gran burlón de Santurce. Tu amor me resarce de todo lo demás...

— 53 —

ESCENA VIII

*Dichos y* TITÍ MANUELA

TITÍ

*(Por la izquierda.)* ¿Pero ustedes no piensan comer nunca?

ADRIANA

Es verdad, ¡deben de estar con el estómago en un hilo!

SANTURCE

Lo que estoy es avergonzado de mi indiscreción, Adriana. Hace ya buen rato que debí dejarles a solas con su idilio... Perdónenme. Es usted, amiga mía, tan captante...

TITÍ

Hay un puesto para usted a la mesa, Santurce...

SANTURCE

Muchas gracias, señora... Le dejo a usted el privilegio de ser chaperón único... ¿No pensarán mal de mí por haberles estorbado y demorado tanto?

ADRIANA

No diga eso, Santurce... Usted es nuestro mejor amigo; el único, tal vez, que nunca estorba... Estoy segura de que Ramiro...

— 54 —

SANTURCE

Estará muerto de ganas de comer y, sobre todo, de hablar...

PEDRELL

No; almorcé tarde... Por lo demás, me encanta escucharles a ustedes, aunque sienta no poder yo meter baza...

ADRIANA

¿Y por qué no, Ramiro?

PEDRELL

... ¡Qué sé yo!... Esos temas están un poco fuera de mi línea... Soy un guajiro, y no entiendo mucho de complicaciones fisiológicas...

ADRIANA

Psicológicas...

PEDRELL

¿Lo ves?... ¡Ya me entregué!

ADRIANA

*(Con un gesto leve de contrariedad consigo misma.)* Perdona, Ramiro, no quise corregirte...

SANTURCE

Bien, decididamente, me voy. Adiós, Adriana.  
¿Quedamos en que soy testigo pasado mañana?

— 55 —

PEDRELL

Si no le es extorsión...

SANTURCE

¡Qué disparate!... Sé apreciar el honor. Buenas noches, querido Pedrell... y mil perdones, eh?... Hágame el favor de no molestarse.

PEDRELL

Ninguna molestia, hombre.

*(Santurce se inclina ante las señoras.)*

ADRIANA y TITÍ

Buenas noches, Santurce.

*(Mutis de Santurce y Pedrell, por la izquierda.)*

### ESCENA IX

ADRIANA y TITÍ MANUELA

TITÍ

Adri...

ADRIANA

¿Qué, Tití?

TITÍ

Esta noche, ¿hablarán aquí, o en la sala?

— 56 —

ADRIANA

Prefiero la terraza. Hace más fresco... Y ya sabes cómo es la gente... Aquí, mal que bien, se nos ve; o por lo menos, se nos puede ver...

TITÍ

¡No te conozco!... ¿Qué te importa a ti lo que piensen o dejen de pensar?

ADRIANA

Es por él, Tití.

TITÍ

¿Te ha dicho algo?

ADRIANA

No, por supuesto; sería incapaz... Pero... ¿qué sé yo? Le parecerá, quizás, más dentro de lo convencional...

TITÍ

Bueno, allá tú.

ADRIANA

¿Por qué me lo preguntabas?

TITÍ

Estoy un poco acatarrada, y temo que el sereno...

ADRIANA

*(Con decisión.)* Pues no salgas. ¡Si piensan algo, que piensen!... Al fin y al cabo, siempre hablarán...

— 57 —

ESCENA X

*Dichos y* PEDRELL

PEDRELL

(*Por la izquierda.*) Hombre listo, este Santurce...  
¡Da envidia!

Tití

¿Comemos?

PEDRELL

Tití Manuela, el apetito le aumenta con los años...  
Señal de que la salud no se resiente... Por mí, cuando gusten; pero apenas probaré bocado...

ADRIANA

Pues yo, tampoco... He estado mordisqueando toda la tarde. Y nada quita tanto el apetito como servir un *buffet*; parece que come uno por todos los demás... ¿Qué te parece si dejamos a Tití que coma sola, y tú y yo cenamos más tarde?

PEDRELL

¡Espléndido!

ADRIANA

Ya lo oyes, Tití...

— 58 —

Tití

¡Ay, Jesús!... Estos enamorados se alimentan de palabras... Bueno, ahí se quedan... Les guardaré algo...

(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA FINAL

ADRIANA y PEDRELL

PEDRELL

...¿No te importa?

ADRIANA

¿Quedarme sola contigo? (*Pedrell asiente con el gesto.*) ¿Por qué? ¡Ya no somos unos chiquillos!...

PEDRELL

(*Mirando hacia los edificios vecinos*) Lo decía por... la gente...

ADRIANA

¡Bah!... Los árboles son muy tupidos; y si nos ven, tanto mejor...

PEDRELL

(*Pausa*) En aquella ventana, se acaba de apagar una luz...

— 59 —

ADRIANA

Será que alguien se ha puesto en observación...  
No le daremos el gusto...

*(Se levanta resueltamente, sale un instante y apaga la luz de la terraza, dejándola iluminada solamente por la claridad de la ventana del comedor. Pausa. Ella se sienta en el sofá; Pedrell, en una butaca, junto a ella.)*

PEDRELL

Adry... ¡Cómo he tenido que dominarme toda la tarde!... Has estado bella, ¡tan bella!... *(Le toma las manos. Se las estrechan en silencio.)*

ADRIANA

Yo también anhelaba este momento, Ramiro... Es mi vuelta a la vida, a mi vida... ¡Qué comedia!...

PEDRELL

¿Por qué no hiciste este recibo ayer?

ADRIANA

Imposible, *darling*... Todo se oponía: había otros compromisos, otros Mah Jongs... no pude formar parejas... Además, ya sabes que no era seguro cuándo vendrías...

— 60 —

PEDRELL

Sí... Pero ¿había necesidad, Adry, de esto...?

ADRIANA

¡Necesidad!... No, por supuesto... Pude haber prescindido. Pero estaba en deuda: tú no sabes con qué cuidado y con qué severidad se lleva la cuenta de estas partidas en sociedad, Ramy...

PEDRELL

En sociedad... ¡Siempre la sociedad!... ¿No importo yo más que ella, Adry?...

ADRIANA

¡Chiquillo!... ¡Claro que importas!... Pero tú, que eres tan cumplidor, no querías que me retirase dejando deudas pendientes...

PEDRELL

¿Deudas?... No comprendo... Tú sabes que en todo caso, yo...

ADRIANA

¡Simplote!... No se trata de deudas de dinero. Digo de atenciones, de cumplidos...

PEDRELL

¡Ah! perdona...

*(Pausa.)*

— 61 —

ADRIANA

Y todavía no comprendes, ¿verdad?... No comprendes cómo yo puedo preferir esta farsa de esta tarde—tanta gente, tanto *rendezvous*, tanta mentira...—a ti, que eres lo único que importa...

(Pedrell hace un gesto de duda.)

...Y, sin embargo, es por ti, Ramy, por ti mismo... Hace ya mucho tiempo que me vengo esforzando por ser eso que llaman una mujer normal... lo que tú tienes derecho a esperar de mí... ¡Si supieras cómo he tenido que disciplinarme!... Hasta en los más pequeños detalles... Mira, antes yo no me pintaba nunca las mejillas; los labios nada más. Decían que eso me daba un aspecto raro; y me gustaba... Ahora, ya lo ves, bien arrebolada, como cualquier colegiala... Antes, Ramy, yo recibía aquí visitas de gente de letras, hombres, mujeres...; me divertía su conversación, un poco más civilizada que la de los demás... Cuando tú entraste en mi vida, comprendí que eso no te gustaría; lo dejé también... Acostumbraba yo, por las tardes, irme sola, en la máquina, hasta el Malecón, apearme allí a la hora del crepúsculo, y seguir caminando despacito a lo largo del muro, viendo cómo el sol se iba hundiendo poquito a poco en el mar, con un incendio glorioso... No me importaba que las erriadas y los muchachos me miraran como loca... ¡Yo gozaba!... Pero desde que te conocí, todo esto lo he ido suprimiendo, por temor de que a ti no te gustase; por temor de que tú también me encontrases un poco loca...

PEDRELL

¡Adry!... ¿Crees que yo podía equivocarme?... ¡Yo, que te he conocido a ti... como tú eres!... No, Adriana, lo único que yo temo es no ser bastante para compensarte de todo eso que has sacrificado y estás sacrificando por mí: tus hábitos, tus costumbres, tus caprichos de mujer inteligente y admirada...

ADRIANA

¿Y tu amor?

PEDRELL

¡Ah, si mi amor bastara...!

ADRIANA

¿Tan chico es?

PEDRELL

¡Es inmenso, Adry!... Pero... no sé... a veces tengo miedo de que él no pueda suplir todo lo que me falta... Yo soy un brutote; un campesino a medio civilizar... En cambio, tú... tú eres una mujer superior...

ADRIANA

(Tapándole la boca con la mano.) No digas tonterías, Ramy!...

PEDRELL

No son tonterías... Tú no tienes idea de cómo esto me hace sufrir... Hay veces, cuando esta-

ADRIANA

Y todavía no comprendes, ¿verdad?... No comprendes cómo yo puedo preferir esta farsa de esta tarde—tanta gente, tanto *rendezvous*, tanta mentira...—a ti, que eres lo único que importa...

(*Pedrell hace un gesto de duda.*)

...Y, sin embargo, es por ti, Ramy, por ti mismo... Hace ya mucho tiempo que me vengo esforzando por ser eso que llaman una mujer normal... lo que tú tienes derecho a esperar de mí... ¡Si supieras cómo he tenido que disciplinarme!... Hasta en los más pequeños detalles... Mira, antes yo no me pintaba nunca las mejillas; los labios nada más. Decían que eso me daba un aspecto raro; y me gustaba... Ahora, ya lo ves, bien arrebolada, como cualquier colegiala... Antes, Ramy, yo recibía aquí visitas de gente de letras, hombres, mujeres...; me divertía su conversación, un poco más civilizada que la de los demás... Cuando tú entraste en mi vida, comprendí que eso no te gustaría; lo dejé también... Acostumbraba yo, por las tardes, irme sola, en la máquina, hasta el Malecón, apearme allí a la hora del crepúsculo, y seguir caminando despacito a lo largo del muro, viendo cómo el sol se iba hundiendo poquito a poco en el mar, con un incendio glorioso... No me importaba que las criadas y los muchachos me miraran como loca... ¡Yo gozaba!... Pero desde que te conocí, todo esto lo he ido suprimiendo, por temor de que a ti no te gustase; por temor de que tú también me encontrases un poco loca...

PEDRELL

¡Adry!... ¿Crees que yo podía equivocarme?... ¡Yo, que te he conocido a ti... como tú eres!... No, Adriana, lo único que yo temo es no ser bastante para compensarte de todo eso que has sacrificado y estás sacrificando por mí: tus hábitos, tus costumbres, tus caprichos de mujer inteligente y admirada...

ADRIANA

¿Y tu amor?

PEDRELL

¡Ah, si mi amor bastara...!

ADRIANA

¿Tan chico es?

PEDRELL

¡Es inmenso, Adry!... Pero... no sé... a veces tengo miedo de que él no pueda suplir todo lo que me falta... Yo soy un brutote; un campesino a medio civilizar... En cambio, tú... tú eres una mujer superior...

ADRIANA

(*Tapándole la boca con la mano.*) No digas tonterías, Ramy!...

PEDRELL

No son tonterías... Tú no tienes idea de cómo esto me hace sufrir... Hay veces, cuando esta-

mos solos y me hablas del corazón, sobre esas cosas sencillas y hondas que tú expresas tan bien, que me parece que te comprendo completamente y que hemos sido hechos, en efecto, el uno para el otro... : tú, para adornar y perfumar mi vida; yo, para sostenerte y vivir orgulloso de ti... Pero otras veces, en cambio, cuando te veo entre otras personas, cuando te oigo conversar con hombres más preparados que yo, entonces me parece que te vuelves algo extraño... algo demasiado alto, adonde no puedo ni tengo el derecho de llegar... ¡Si supieras, entonces, cómo sufro; qué mezcla de miedo y de cólera contra mí mismo, contra el Destino, que me hizo tan basto, se apodera de mí!... He tenido momentos de pensar, allá en las soledades del batey, en las noches largas, entregado todo a tu recuerdo, que era indigno de ti... Y he llorado, besando tus cartas... Y he pensado huir de ti, no volver a verte nunca...

ADRIANA

¡Ramiro!... ¡Mi Ramiro!... ¿Hubieras sido capaz?... ¡Ah, es que no sabes, Ramy, no sabes todo lo que tu amor significa para mí... ¿Ves cómo ya te ha impresionado la opinión de los demás? ¡Tú también me crees una mujer sin corazón, toda cerebro, toda literatura!... ¡Por qué no quemaría yo mis versos estúpidos!...

PEDRELL

No digas eso, Adriana... ¿Crees que yo no los admiro también, más que nadie, quizás, porque los leo

— 64 —

con más amor que todos? ¡Si me he extasiado, santa, recitándolos en voz alta, como una oración, yo, que no había leído nunca más que los versitos de almanaque!...

ADRIANA

Tu admiración... ¿Qué me importa a mí tu admiración?... La admiración separa, amor mío; establece siempre una división, una jerarquía, ¿comprendes?... Pero yo lo que quiero es tu amor: que me quieras, sencillamente... con tu alma... y con tu cuerpo, Ramiro... como si yo fuera una mujer... igual a todas las demás!...

PEDRELL

¿Y no te cansarás nunca, Adriana?... ¿No me llegarás nunca a creer indigno de ti?...

ADRIANA

¡Indigno!... El amor no habla de dignidad, Ramiro.

PEDRELL

Pero toda mujer quiere tener siempre en su marido algo que reconozca superior...

ADRIANA

¿Y acaso no aprecio yo en ti muchas cosas en que eres superior a mí, a todos?... Eres noble, mi Ramiro; eres sano, fuerte, leal...; ¡eres un hombre!

— 65 —

¡Si crees que esto abunda mucho hoy día!; echa la vista al rededor, y verás cuánto conato de masculinidad se exhibe por esos salones; cuánto joven empolvado que ensaya posturas de maniquí; cuánto idiota que no tiene más orgullo que sus músculos... Mirándolos, muchas veces, he sonreído con desprecio y, enseguida, ha venido a mí tu imagen, ¡mi fuerte guajirote amado!...

PEDRELL

(Radiante) ¡Adriana!... (Le besa las manos.)

ADRIANA

Sí, ahora es cuando se va a estrenar mi vida, Ramiro mío; ahora es cuando voy a empezar a cosechar mis ilusiones de mujer...

PEDRELL

¿Y no te importará ir al campo, Adry?

ADRIANA

Contigo, ¿qué ha de importarme?... En el campo fué donde te conocí, amor; donde aprendimos a que-rernos... Además, estoy cansada, dolorida ya de esta farsa constante de la ciudad... Quiero oxigenar mi espíritu; ponerlo otra vez y para siempre en contacto con la Naturaleza... ¡y contigo!

PEDRELL

Sí, Adry; el campo siquiera es tranquilo, es sano,

— 66 —

es puro... ¡El sol allí mata todo lo malo! (Le besa las manos. Pausa.) ... ¡Mira... ¿Viste? (Señalando hacia afuera.) Encendieron otra vez. ¡Nos están vigilando!...

ADRIANA

(Poniéndose de pie. En voz más alta.) ¡No me importa!... Ya no me importa que sepan ni que digan!... ¡Sí! he encontrado mi hombre, ¿lo ven? ¿Lo ven bien? (Se deja ceñir con el brazo por Pedrell, que también se ha puesto de pie.) ¡Es mío!... ¡Mío! ¡Y yo ya estoy a su lado para siempre!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

— 67 —

IIRRADV

ACTO SEGUNDO

LIBRARY  
University Of Miami

## ACTO SEGUNDO

*La habitación principal de la casa de vivienda, en el batey del Ingenio "Caridad". Tabiques de maderas sobrepuestas, pintadas de claro. Puerta al fondo derecha que descubre un trozo de cañaveral. A la izquierda del foro, una ventana baja, de cristales, con visillos, abierta al campo. Puerta lateral izquierda que comunica con las demás habitaciones de la casa. Muebles sencillos de pino pintado; un velador; modesta lámpara central de techo, con doble juego de iluminación. Al fondo, izquierda, una mesita con un gramófono, discos, etc. En primer término, a la derecha, un escritorio de mujer, o secrétaire. Sobre la mesa central, un libro.*

### ESCENA I

*La negra ASUNCIÓN; luego, PEDRELL*

#### ASUNCIÓN

*(Hablando sola.)* ¡Alabao, alabao!... No sé qué tié la Niña hoy!... Si e lo que yo digo, señó: tanto papé... tanto leé, leé... ¡Vilgen de la Caridá!... Se

va vorvé loca... Tá cambiá... ¡paé que l'han echao daño!... Y orita viene er caballero... *(Sigue roncando y hablando entre dientes mientras arregla la habitación y recoge dos o tres libros dejados aquí y allá, salvo el de la mesa.)*

PEDRELL

*(Por la puerta del foro. Vestido de campo: pantalón y guayabera de dril crudo, polainas de cuero, sombrero tejano.)* ¡Uf, qué calor, vieja!... *(Deja el sombrero en una silla y se sienta junto al velador, en postura algo descuidada.)* Trae el café, anda...

ASUNCIÓN

Ya va, caballero... *(Va a salir con los libros bajo el brazo.)*

PEDRELL

¿Adónde vas con tanto libro?

ASUNCIÓN

Pal cualto de la señora... Andan regaos pol toítica la casa...

PEDRELL

¿La señora tiene muchos, entences?...

ASUNCIÓN

¡Y bien!... ¿El caballero no loj ha visto?... Toíta la mesa de noche asina, apilá *(Hace el gesto.)*

— 72 —

Y tós los días llega otro, otro, otro... ¡Yo no sé de dónde saca tanta novela la Niña!...

PEDRELL

*(Sonriéndose.)* ¿Y quién te ha dicho a ti que son novelas?

ASUNCIÓN

Digo yo, caballero... digo yo... Como no sé leé... Pero deben sel novela, caballero, porque la Niña se pone mu seria cuando lee, y luego se queda asina, como embobá, mirando al aire... *(Pausa. Pedrell toma un aire meditativo.)*

PEDRELL

Bueno, anda; tráeme mi café...

*(Mutis de Asunción. Pedrell repara en el libro que ha quedado encima de la mesa. Lo toma, y lee el título, pronunciándolo como suena en castellano.)*

“La Garconne.—Román”...

*(Abre el libro al azar e intenta leer.)* Francés... *(Hace un gesto de contrariedad. De repente se fija en una apostilla marginal, escrita con lápiz.)* ¡Anjá!... Estos apuntes con lápiz son de ella... *(Leyendo con alguna dificultad.)*

“...Mónica tiene razón. No hay derecho a exi-

— 73 —

girle a ninguna mujer que renuncie a su dignidad y a su libertad espirituales. El amor es un problema demasiado complejo para que se pueda resolverlo al primer ensayo, ni al segundo. Si éstos fracasan, sólo la aquiescencia a un sentimentalismo estúpido, o a una moral más estúpida todavía, puede justificar la esclavitud de una mujer a un hombre que no es su hombre...

*(Pedrell sigue hojeando. Más adelante, encuentra otra apostilla, y lee:)*

“No comprendo—no acepto—este amor puramente, impuramente, animal. También el espíritu y la inteligencia reclaman lo suyo... La peor esclavitud es la de la carne.”

*(Sigue hojeando. Lee más adelante:)*

“Dolor de haber creído tocar tierra, y de sentirse de pronto arrojada en alta mar, como barca sin timón... “Comprendo, hermana Mónica, comprendo”...

*(Pedrell cierra el libro, con ceño pensativo. Pausa. Entra Asunción con una taza de café:)*

ASUNCIÓN

Vaya, caballero... Acabaíto de hasel... ¿Quién ron?

PEDRELL

No...

*(Toma el café de dos grandes sorbos.)*

¿Y la señora, Asunción?

ASUNCIÓN

Se ta bañando, caballero... Creo que hoy viene visita de La Habana.

PEDRELL

¿Visita? ¿Quién es?

ASUNCIÓN

No sé, caballero. Llamaron dos veces larga ditau-sia y la señora luego me dijo que preparase argo espesía pa la comida...

PEDRELL

¿No te dijo quién venía?

ASUNCIÓN

No, caballero... Creo que hablaba con un hombre... Algún amigo de uté...

PEDRELL

¿Dos veces, dices?

ASUNCIÓN  
Sí, caballero...

PEDRELL  
¿Seguidas?

ASUNCIÓN  
No, caballero...

PEDRELL  
Está bien, vete...

*(Pedrell se levanta, pasea por la habitación, se asoma a la ventana. Mira el reloj de pulsera. Aparece a poco, en la puerta, Linder, el Jefe de fabricación, que mira cautelosamente al interior, sin ver de pronto a Pedrell.)*

## ESCENA II

PEDRELL y LINDER

PEDRELL  
¿Hay novedad?

LINDER  
*(Algo sobresaltado.)* Ah, ¿estaba usted ahí?

— 76 —

PEDRELL  
¿No me buscaba a mí?

LINDER  
Sí... claro, a usted...

PEDRELL  
¿Y qué pasa?

LINDER  
Er... Nada... Iba de retirada y se me ocurrió que pudiera ofrecérsele algo...

PEDRELL  
¿Ya terminaron de desmontar los trapiches?

LINDER  
Sí... y ya estaban engrasando, para adelantar...

PEDRELL  
¿Entregó el colono de Sitio Hondo?

LINDER  
Creo que no. Le ví hablar con el pesador. Parece que no tenía ni carretas. Estaba llorando cuítas... Esa gente cada día cumple menos...

PEDRELL  
Hasta que acaben por tragárselos a todos los americanos...

— 77 —

LINDER

¡Falta hace!

PEDRELL

No diga usted eso, hombre. ¿Usted no es cubano?

LINDER

Hijo de americano, y me crié en New York...

PEDRELL

Se conoce... Si fuera usted de aquí, no hablaría así...

LINDER

Perdone, señor Pedrell; pero ¿y usted? ¿No está usted también al servicio de americanos? Sus intereses ¿no son los del ingenio?

PEDRELL

Sí, ¿y qué? ¿Cree usted que eso me obliga a no querer a mi tierra, a no querer a los míos? Algo llevo hecho en defensa de estos guajiros y colonos, amigo... Lo que se hace con ellos es muchas veces inícuo...

LINDER

Pero, ¿si no cumplen, señor Pedrell!...

PEDRELL

No cumplen porque no pueden cumplir... Los abogados de La Habana se encargan de eso...

— 78 —

LINDER

(*Irónicamente.*) Abogados... cubanos...

PEDRELL

Sí... es una vergüenza... No tienen conciencia ni patriotismo, ni nada. A la vuelta de diez o quince años, si seguimos como vamos, toda la isla es caña de accionistas americanos...

LINDER

Es el poder del más fuerte, señor Pedrell, del mejor organizado...

PEDRELL

Bueno; dejemos esto... Mándele decir al colono de Sitio Hondo que venga a verme mañana.

LINDER

¿Nada más?

PEDRELL

Nada más.

LINDER

Buenas tardes.

PEDRELL

Buenas.

(*Mutis de Linder.*)

— 79 —

ESCENA III

PEDRELL *solo*; luego, ADRIANA

*(Pedrell se pasea por la habitación, meditabundo. Al rato, vuelve a tomar el libro de encima de la mesa y busca la última apostilla que antes leyó. La vuelve a leer muy despacio, en voz alta.)*

...“Dolor de haber creído tocar tierra... y de sentirse... de pronto... arrojada en alta mar... como barca sin timón.” *(Pausa.)* ...“Comprendo—hermana Mónica—comprendo”... *(Como para sí:)* ¡“Hermana Mónica”...? *(Pausa.)*

ADRIANA

*(Por la izquierda, sin cordialidad:)* Ah, ¿ya estás aquí?...

PEDRELL

Hace rato, Adry.

ADRIANA

No te esperaba tan temprano.

PEDRELL

Estaba un poco cansado. Me he pasado el día a caballo...

— 80 —

ADRIANA

¿Siempre los colonos?...

PEDRELL

No; un deslinde allá por Ceiba Hueca. Más tierra que ha comprado el Ingenio... *(Transición:)* Estás elegante, Adry...

ADRIANA

¿Te sorprende?

PEDRELL

No, ¿por qué?... Me avergüenza algo, en este momento. Debo tener aire de bandolero. ¡Ha hecho un solazo hoy por esa manigua!... Voy a bañarme y ponerme una trochana limpia...

ADRIANA

Trochana, no. Tenemos visita.

PEDRELL

¡Ah!... *(Pausa)* ¿De etiqueta?

ADRIANA

No, precisamente; pero, siquiera, de ciudad... ¡Traje civilizado!... Es Santurce...

PEDRELL

¡Ah, vamos, Santurce!... Hacía tiempo que no se le veía. ¿Quién más viene?

— 81 —

ADRIANA

Nadie más, que yo sepa.

PEDRELL

Como creo que llamaron dos veces por teléfono, a larga distancia.

ADRIANA

¿Dos veces?

PEDRELL

Eso me dijo Asunción...

ADRIANA

*(Gesto leve de molestia.)* Esa negra está ida... Claro que llamaron dos veces... La primera fué, como siempre, la misma Compañía... para comunicar...

PEDRELL

¡Ah!... *(Se queda reflexionando. Pausa.)*

ADRIANA

Y tú, ¿con quién hablabas hace un momento?

PEDRELL

Con Linder, el Jefe de fabricación.

ADRIANA

¿Con Linder?... ¿Qué quería el idiota ese?

— 82 —

PEDRELL

Nada de particular. ¿Por qué le llamas así?

ADRIANA

¡Psh...! No es una lumbrera, que digamos...

PEDRELL

Cualquiera diría, sin embargo, que tú le consideras mucho. Cada vez que tienes ocasión, conversas con él hasta por los codos...

ADRIANA

Con alguien hay que conversar, hijo. Aquí se hace una vida salvaje...

PEDRELL

¡Uf!... Mal humorcito tenemos hoy, *darling*... Vamos a ver, ¿qué te pasa?... Dame un beso... *(Hace el ademán. Adriana, disciplinada, le pone la mejilla.)* ... ¿No quieres besarme?

ADRIANA

Si te empeñas...

PEDRELL

¿Tengo que empeñarme?... Pero, ¿qué te pasa hoy, Adry?

— 83 —

ADRIANA

Nada. No me pasa nada... ¡Aquí nunca pasa nada!... Vete a arreglar. Santurce debe llegar de un momento a otro.

PEDRELL

¿Viene por tren?

ADRIANA

No, en máquina.

*(Pedrell se queda contemplándolo unos instantes. Luego se va retirando hacia la izquierda. Cuando está detrás de ella, le da, por sorpresa, un beso lento en la nuca. Ella cierra los ojos voluptuosamente. Mutis de Pedrell.)*

#### ESCENA IV

ADRIANA sola; luego, ASUNCIÓN

*(Adriana se queda un rato en el sillón, como abstraída en un conflicto interior de pensamientos y de emociones diversas, que se van reflejando en su semblante, comunicándole sucesivamente expresión de tedio, de perplejidad, de melancolía, de irritación... Al fin se levanta, va hacia la mesita-*

*escritorio, requiere papel y pluma y se entrega a la reflexión. Escribe unas líneas rápidamente. Tacha. Medita de nuevo. Vuelve a escribir y, al leer, tacha otra vez con gesto irritado. Se levanta bruscamente y va a la ventana, por la cual se descubre el retal de campo, rojo ya del crepúsculo. Se queda como extasiada ante él, de pie junto a la ventana.)*

ASUNCIÓN

Niña... *(Adriana, absorta, no la oye.)*

Niña... Señora...

ADRIANA

*(Con sobresalto.)* ¿Qué quieres?

ASUNCIÓN

El chino, niña... ¿qué sabé si se va tomá vino en la comida...

ADRIANA

¿Y a él qué le importa?

ASUNCIÓN

Es que se acabó, niña... Habría que mandá buscá a la tiendita...

ADRIANA

¿Y para eso me molestas?

ASUNCIÓN

Horita sierran, niña...

ADRIANA

Bueno, que vayan a buscar. Eso es cosa tuya. Ya sabes que quiero tener siempre de todo en la casa. ¡Estás ida, negra; estás ida!...

ASUNCIÓN

La niña también ta ida...

ADRIANA

¿Qué dices?

ASUNCIÓN

No digo ná, niña...

ADRIANA

¿Sabes que me está pareciendo que hablas demasiado, desde hace algún tiempo?

ASUNCIÓN

Como la niña no dise ná... Ta siempre pensando, pensando, pensando... Se le va secá el cerebro de tanto pensá!...

ADRIANA

Eso no es cuenta tuya.

— 86 —

ASUNCIÓN

Si é cuenta, niña... Yo soy una negra vieja; pero he cargao a toítica la familia del caballero, y toos quieren mucho a la negra Asunción... La señora no lo sabe, porque é de otra casta: vino de fuera... Pero ahora é la mujé de Ramirito, y Ramirito é cosa mía...

ADRIANA

Bueno, bueno... Ya eso me lo has contado mil veces. Lo único que te digo es que hagas más y hables menos. Y escucha bien esto: no quiero espías a mi lado, ¿entiendes?... Tú, aquí, oyes, ves y callas... No tienes que andarle contando al caballero si me llamaron por teléfono o me dejaron de llamar. Y aquí, en la sala, cuando yo esté, procura entrar lo menos posible!...

ASUNCIÓN

Asunción no cuenta ná, niña... Dende que era esclava etá con la familia, mu quería, mu quería... Negra, sí; pero con un corazón mu grande...

ADRIANA

No digo que no... Es que con los años... Bueno, dile al chino que compre lo que haga falta, antes que cierren.

ASUNCIÓN

Ta bien...

(Sale rezongando)

— 87 —

ESCENA V

ADRIANA, luego SANTURCE

(Adriana enciende la lámpara a toda luz; toma el ejemplar de "La Garçonne" y lee un rato, haciendo de vez en cuando subrayados con lápiz. De pronto se oye, primero lejano, luego más cerca, el rumor de un automóvil que llega. Se le oye detener cerca de la casa de vivienda. Un instante después, aparece Santurce en el umbral de la puerta.)

ADRIANA

(Dejando el libro encima de la mesa y saliendo a recibirlo) ¡Quién se querrá morir!...

SANTURCE

Pregúnteme más bien quién no se quiere morir, porque ésa es la razón de mi visita!...

ADRIANA

Ah, ¿pero su visita tiene razón?... Y yo que creía que sólo era sentimiento—cariño, amistad...!

SANTURCE

Eso primero, ¡claro!... Usted no se imagina, Adriana, cuánto tiempo hace que vengo queriendo darme una escapadita hasta acá; pero...

— 88 —

ADRIANA

(Con sorna)... las ocupaciones... los quehaceres...

SANTURCE

¿Y cree usted que no?... No hay nada que lleve tanto tiempo como el no hacer nada...

ADRIANA

Y dígalo, Santurce... ¡Y dígalo!

SANTURCE

¿Por qué el énfasis?

ADRIANA

¿Pero no ve usted, yo...? ¿Cuánto tiempo hace que me casé?... Va para dos años, ¿verdad? ¿Y cuántas veces me ha visto usted por la Habana en todo ese tiempo?

SANTURCE

Como verla, dos veces solamente: una, de lejos, por Obispo, y la otra, aquella tarde, en San Rafael y Galiano... Iba usted muy elegante, por cierto... No se le conocía en absoluto que venía del campo... Porque hay que ver, amiga mía, cómo se ponen ustedes cuando se pasan unos meses en la manigua!... Se les están viendo los guisasones por encima de la ropa!

— 89 —

ADRIANA

Es verdad... Esto arruina, amigo Santurce, arruina... Insensiblemente se va perdiendo la alegría, el humor y hasta el gusto...

SANTURCE

(Reparando en el vestido de Adriana) Viéndola, nadie lo diría...

ADRIANA

¡Es que me he emperifollado un poco para usted, hombre!... Pero ¡ya lo creo que tengo mi costra guajira!...

SANTURCE

¿De modo que, después de aquella vez, tan al principio, no ha vuelto usted a La Habana?

ADRIANA

Sí... He estado dos o tres veces más... ¡Nada!: ir a comprar algunos trapos, y venir...

SANTURCE

Se explica: los santos deberes de esposa...

(Adriana hace un gesto displicente)

SANTURCE

Y Pedrell la acompañaría...

— 90 —

ADRIANA

¿Ramiro?... A Ramiro no le saque usted del campo, hijo... Le tiene horror a la ciudad: a todo lo que sea civilización... Su elemento es éste: caña, colonos, ingenio; ingenio, colonos, caña... El mundo, para él, se acaba ahí... El año pasado, al terminar la zafra, me llevó una vez a La Habana; ¡como era el primer año de casados!... Pero éste, ni eso. Todo el tiempo muerto nos lo estamos pasando aquí, con mil pretextos... Ramiro no quiere ni oír hablar de la capital. Cuando alguna vez tiene que ir a conferenciar con la oficina central, o con los abogados, va y vuelve en una mañana. ¡Y siempre llega con dolor de cabeza!... Le digo a usted que es algo trágico.

SANTURCE

Bueno; pero usted, así y todo... se amolda...

ADRIANA

¡Me amoldo!... ¡A la fuerza ahorcan!... Pero no, amigo Santurce; la verdad es que vivo en una constante nostalgia de la civilización... Usted no se imagina lo que es esto! Vea usted: asómese ahí un momento: ¿qué ve? Nada, ¿verdad?... Las luces del ingenio y de dos o tres bohíos; la sombra de las palmeras, como fantasmas negros en acecho... ¿Qué oye usted?... Un perro que ladra y el silbido de los grillos!... Pues ésta es la mejor hora, amigo mío, la hora romántica!... Esta, y la del crepúsculo. Yo sigo

— 91 —

LIBRARY

con mi debilidad cursi de siempre por los crepúsculos. Aquí, es lo único que me consuela... Pero lo que es durante el día... ¡nada!: un silencio irritante... moscas... calor... y, si sale usted por ahí, un sol implacable, blanco, calcinante... un sol grosero, que le saca a usted, por cada poro, una gota de sudor—y lo que es peor, una peca!

SANTURCE

(*Riéndose*) Bueno; pero eso será ahora, durante el tiempo muerto... En los meses de zafra, ya esto se animará algo...

ADRIANA

Sí... hay un poco más de ruido, un poco más de rutina... El zumbido constante del ingenio, como un moscardón; el crugido de la caña quebrada por las carretas; el inglés abominable de los jamaíquinos; la campanita ridícula, incesante, del tren de carga, y el pitazo de la sirena, que le taladra a usted los oídos... ¡Delicioso, amigo, mío, delicioso!... ¡Para mí, aquí siempre es tiempo muerto!

SANTURCE

(*Riéndose*) ¡Qué Adriana!...

ADRIANA

No se ría, Santurce... ¿Se imagina usted lo que esto representa para mí, mujer de ciudad, mujer de ciudades, "flor de invernadero", como decía ese gro-

— 92 —

tesco de Amores?... ¿Sabe usted lo que es pasarse los días y los meses quieta, encerrada entre estas cuatro paredes ardientes?—¡yo, que nunca me cansaba de mover maletas por esos mundos!...

SANTURCE

Pero algo hará usted... se distraerá...

ADRIANA

Sí; leo, leo sin cesar... Hago por embriagarme de ficción... Me formo un mundo novelesco imaginario, para abstraerme de toda esta vulgaridad que me rodea... Pero no siempre me da resultado, Santurce, no se puede llenar de literatura los huecos de la vida...

SANTURCE

¿Y no escribe usted?

ADRIANA

Sí; de vez en cuando... Cosas desesperadas, ¡y malísimas!... Al principio me reprimí... Le había prometido a Ramiro... En fin, usted sabe...: yo quería sinceramente romper con mi vida pasada, analfabetizarme... Pero, a la larga, caí en la tentación. Escribir era un desahogo... Y ahí tiene usted: toda esa gaveta (*Señalando la del secrétaire*) está llena de versos que sólo yo entiendo...

SANTURCE

¿Tan misteriosos son?

— 93 —

University of Miami